

Actitudes políticas en Navarra durante la guerra de la Convención (1793-1795)

RODRIGO RODRÍGUEZ GARRAZA*

A mediados del Siglo XVIII se aprecia ya la división de la sociedad navarra como consecuencia de intereses económicos contrapuestos. En efecto, en las Cortes Navarras de 1757, se planteó ya el problema de las aduanas y, aunque se impusieron los opuestos a su traslado, fue importante el sector que defendió con vigor la oportunidad de tal medida. Esta opinión se consolida en la segunda mitad del XVIII y culmina, cuando en 1841, las aduanas se trasladan, por fin, al Pirineo (Navarra) y a la Costa (País Vasco)¹. El caso de Navarra tiene sus peculiaridades, pero también Uniconcomitancias muy marcadas con la situación de las Vascongadas. Aquí al ocuparnos de Navarra, sólo hacemos referencia a éstas en los casos que lo exija una explicación de conjunto. El problema se había agudizado con los decretos de 1778 (2 de febrero y 12 de octubre) sobre el libre comercio con América y, sobre todo, con la R. O. de 24 de julio de 1779, que consideraba, como extranjeros para su exportación, todos los frutos y géneros de Navarra². Esta situación que perjudicaba a los terratenientes y exportadores de vino, aceite, trigo, etc., es decir, de la Navarra media para abajo, se mantenía aún rígida en 1793³. Sin embargo, el Gobierno vino consintiendo hasta entonces y aún mucho después (hasta 1808 y hasta 1841) el que los comerciantes navarros -el sector opuesto al traslado de las aduanas- pudiesen provisionarse de los productos americanos acudiendo a Burdeos y Bayona e introducirlos libremente por tierra a Navarra⁴. La actitud política durante la guerra de la Convención ha de estar condicionada, de alguna manera, por estos intereses contrapuestos, no entre Navarra y el resto del País Vasco, sino entre los distintos sectores de cada uno de estos conjuntos.

De la clase dominante vasca, cada vez mas minoritaria, pero dividida, hay que destacar la presencia de sectores afrancesados en todas las provincias vascas. Amplios sectores de Navarra y, sobre todo, su sector mercantil, incluidos sus colaboradores más modestos, se incluían también en estos grupos no tan minúsculos. La Memoria que Moncey (28-3-1795) envía a las autoridades ternidorianas capta lo esencial de la actitud vasca. Seguramente sobreestima las actitudes proindependentistas, pero señala muy bien que el restablecimiento de las instituciones autónomas vascas es condición inexcusable para aceptar la protección de Madrid o París⁵. Esta doble alternativa

* Universidad Complutense de Madrid.

1. RODRÍGUEZ GARRAZA, R. *Tensiones de Navarra con la Administración Central, 1778-1808*. (Pamplona 1974) 99-100.

2. IBID; pp. 104-105.

3. IBID; p. 169.

4. IBID; pp. 171-172.

5. GOÑI GALARRAGA, J.M. *Imagen política del País Vasco en algunos documentos franceses de la Guerra de la Convención (1793-1795)*, en «Historia del País Vasco. Siglo XVIII» (Bilbao 1985) 247-294. Vid. También Rodríguez Garraza, R. *Fueros, Liberalismo y Carlismo en la sociedad vasca (1770-1841)*, en «Congreso de Historia de Euskal Herria» (San Sebastián 1988), IV, p. 308.

-Madrid o París- es coyuntural y sectorial. Ahora el malestar económico, agudizado por Godoy y sus agentes con el propósito de aumentar las contribuciones y las quintas, inclina a los grupos económicos más dinámicos de la sociedad vasca hacia Francia; sin embargo, estos mismos constituirán, en el XIX, los sectores liberales más proclives a integrarse en el mercado peninsular⁶. Por otra parte, desde el comienzo de la guerra puede advertirse la actuación de numerosas autoridades forales, principalmente regionales y del interior rural, las más afectas, por su condición, a la monarquía, orientada a levantar al pueblo contra la Francia revolucionaria. Ahora bien, como éste se manifestaba poco motivado e, incluso hostil por esta causa, introdujeron la religión en la contienda con la entusiasta colaboración de buena parte del clero. También, al socaire de los abusos del ejército francés en los pueblos dominados, consiguieron arraigar los sentimientos patrióticos antifranceses. Sin embargo, encontraron importantes obstáculos para mantener este espíritu, tales como la política antiforal y el abandono militar, por parte del Gobierno, en la última fase de la guerra. Esta guerra, pues, va a impactar a la sociedad vasconavarra y va a marcar, de forma notable, las futuras relaciones de este territorio con la monarquía española.

Como en el resto del País Vasco⁷, las autoridades forales de Navarra, para hacer frente a los ejércitos de la Convención, solicitan la ayuda económica del pueblo a través de las instituciones eclesiásticas y de los arbitrios y propios municipales, antes que la de los pudientes y notables. En conjunto, entre el 10 de marzo y 7 de junio de 1793, los donativos se distribuyeron así: 47 individuos laicos de 11 poblaciones; 10 eclesiásticos de 10 poblaciones; 17 instituciones eclesiásticas (cabildos, monasterios...); 14 ayuntamientos; 8 gremios, hermandades y cofradías, y 10 prohombres navarros⁸. El donativo, casi espontáneo, puesto que la requisitoria no es acuciante, es verdaderamente reducido, y refleja la falta de respuesta en casi todos los sectores y estamentos. Otro aspecto a considerar, es el interés de los donantes por movilizar a los mozos, ofreciéndoles premios por su alistamiento, lo que minimiza la espontaneidad del mismo. La actitud de Pamplona en 1793 resultaba también sospechosa al denunciar los primeros pasos dados por la Diputación para el alistamiento de unos pocos mozos de su población. El Ayuntamiento pamplonés responsabiliza a la misma Diputación por su comportamiento antiforal a causa del «levantamiento de dos batallones contra el fuero, también el atenderlos y dejando en libertad a los navarros de entrar en Francia, siguiendo a general, si estos querían». El Ayuntamiento se negó al alistamiento como también a estimular a sus ciudadanos a que se alistasen como voluntarios «por no haber ejemplar de caso semejante»⁹. La Diputación, no obstante, levantó dos batallones de paisanos, y sus jefes y oficiales fueron nombrados por ella entre los «notables» navarros que contaban con su confianza¹⁰. La actitud que éstos van a tomar tendrá, pues, bastante que ver con la de la misma Diputación.

Por otra parte, hay una difícil comunicación entre las autoridades forales de Navarra -también del resto del País Vasco- y los jefes militares que se sucedieron durante la guerra, los generales Caro, Colomera y Castellfranco. Ninguno llegó a entender los prejuicios de éstas (Diputación, Cortes y Ayuntamiento de Pamplona) más inclinadas a justificar el fuero con sus inmunidades militares que a hacer frente a una guerra que ya nada tenía de feudal. Pero la expectación y vacilaciones de estas

6. OTAZU Y LLANA, A. *La burguesía revolucionaria vasca a fines del Siglo XVIII*. (San Sebastián 1982) 111-112. Vid. Rodríguez Garraza, R., *Tensiones...*, pp. 161-187 y 227-235.

7. MUTILOA POZA, J.M. *La crisis de Guipúzcoa* (San Sebastián 1978) 39, 55-56.

8. ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA (AGN), *GUERRA...*, Leg. 9, CC. 8 y 24.

9. RODRÍGUEZ GARRAZA, R. *Tensiones...*, pp. 199-200. Otra respuesta similar de Pamplona a la Diputación en AGN, *GUERRA...*, leg. 9, C. 9. Parecida actitud a la del Ayuntamiento pamplonés se aprecia en Bilbao-Vizcaya, ya que la asignación a Vizcaya de 438 hombres de los 40 mil para toda la monarquía «rompía todas las prácticas usadas hasta entonces en el señorío» en Guiard y Larrauri, T. *Historia de la Noble Villa de Bilbao* (Bilbao 1905-1912), III, p. 37.

10. AGN, *GUERRA...*, leg. 9, C. 14.

instituciones ¿respondían sólo a estas connotaciones periclitadas?. Efectivamente hubo resistencia de los mozos a movilizarse contra los franceses y desertiones y abandonos de los incorporados forzosos. A ello contribuyeron los reclutamientos muy restrictivos e injustos, que llevaron a cabo Ayuntamientos y Diputación so pretexto del Fuero. Ahora bien, cuando Caro (2-1-1794) comunica a la Diputación navarra que los mozos se van a sus casas «quando se les acomoda»¹¹, ésta los justifica diciendo que el Gobierno se había comprometido a su mantenimiento y al no cumplirlo «la legislación del Reyno les dispensa la licencia de poder restituirse impunemente a sus casas»¹². El Ayuntamiento pamplonés ha sido más radical; y, sin embargo, también la Diputación anticipa aquí una explicación a la pasividad con que luego el Reino, reunido en Cortes, contemplaría no sólo la deserción de los navarros, sino también la misma actitud poco leal de sus oficiales. Es decir, el Fuero justificaba una actitud más bien pasiva en las operaciones militares, lo que indudablemente respondía a circunstancias y actitudes distintas en los distintos sectores de la población navarra.

De cualquier forma, de los 18-20 mil soldados españoles que había en el Pirineo occidental en 1793, en su mayor parte eran del ejército regular o de otros regimientos provinciales de Castilla, y sólo dos batallones con unos 1.600 hombres (en el Baztán, sobr todo) eran del paisanaje navarro. F. Idoate, con un perfecto conocimiento de la documentación, aunque sólo la explicita superficialmente y sin la signatura del AGN, concluye vacilante que «no puede lanzarse un anatema general sobre el paisanaje»¹³. Sin embargo, él mismo hace constatar el hecho de que los paisanos nunca pasen la frontera; la huida de todos los paisanos del valle de Erro que guardaban la fábrica de guerra de Orbaiceta (25-11-1793); la deserción, a los pocos días, de 80 hombres del Valle de Lizoain; el regreso a sus casas, en invierno, de los 600 hombres que de los valles de Santesteban y Bertiz-Arana habían pasado a Echalar en el verano de 1793. La resistencia, sobre todo, se exterioriza en los casos que les resulta posible defender sus casas y sus cosechas. Sólo en Roncal hay un alistamiento general, y eso porque los franceses les están arrebatando el ganado, aunque, en invierno, sólo 200 soldados regulares y 60 paisanos defienden la frontera de Roncal, Salazar y Aezcoa¹⁴.

A principios de 1794, aunque Caro había pedido a la Diputación la movilización de 6 mil hombres en batallones, apenas consiguió la mitad de éstos con destino a la frontera¹⁵. La Diputación tuvo que resignarse a ellos hasta que a instancias suyas, con vistas, sobre todo, a legalizar el levantamiento, se reunieron las cortes en mayo de este mismo año. Pero con anterioridad a las capitulaciones de San Sebastián y Fuenterrabía y, en fecha tan crítica como el 16 de junio de 1794, el comandante de las compañías de paisanos navarros en el Baztán, el brigadier Manuel Lapeña, explicaba a su superior el Conde de Guendulain, el desorden y abandono que había encontrado precisamente en el momento en que los franceses avanzaban hacia Irurita. De allí le avisan que se han ido prácticamente todos los paisanos, ya que «deviendo ser dos mil los que quedasen en dicho puesto tal vez no había 300 de las compañías antiguas»¹⁶. Las desertiones aumentan en los dos meses siguientes: una, muy general, de las tropas del Baztán el 26 de julio y otra, de 143 mozos, el 16 de agosto de 1794. Las autoridades forales alegan que los mozos sólo fueron para dos meses. Pero no se trataba sólo de un simple contrafuero. Los informes de Lapeña tienen un sentido más comprometido de antimilitarismo e infedilidad cuando dice que se han atrevido a inutilizar los fusiles «quitando a propósito los pies de gato..., y negándose al servicio que les corresponde, diciendo mil insolencias». Como ya denunciara con anterioridad, reconoce que «la

11. AGN, *GUERRA...*, leg. 9, C. 31.

12. AGN, *GUERRA...*, leg. 9, C. 46.

13. IDOATE, F. *Navarra. Guerra contra la Convención* (Pamplona 1968, Folleto) 11.

14. IBID; pp. 12-19.

15. IBID; p. 20.

16. AGN, *GUERRA...*, leg. 10, C. 11.

mayor parte de culpa (la tienen) sus mismos capitanes (navarros) pues no hacen caso de la gente que tienen a su cargo ni comparecen a sus compañías, y en lugar de infundirles a sus súbditos subordinación y amor al servicio, ha habido alguno que ha tenido valor de aconsejarles todo lo contrario». Incluso les acusa de haberse llevado el dinero que tenían para socorrer a las compañías, y transfiere la responsabilidad a las autoridades forales por no castigar a estos capitanes ni a sus paisanos por estos desmanes¹⁷. Grave acusación que pone en entredicho no sólo la lealtad del paisanaje navarro movilizado, sino la de los mismos notables del país que se han puesto al frente de tales compañías. ¿Puede hablarse, pues, de fidelidad del reino a la altura de agosto de 1794, cuando la guerra está en su momento más comprometido?. Lo que advertimos son desertiones generalizadas, jefes naturales responsables de las mismas, y un congreso del reino tolerante y hasta complaciente que no castigaba y hasta sancionaba, lo de los dos meses, como colaboración suficiente para la defensa. La Iglesia, sin embargo, ponía más entusiasmo que las autoridades forales de Navarra en la guerra contra Francia. El obispo de Pamplona, E. A. Aguado y Rojas se dirige a sus clérigos y seminaristas 27-6-1794): «Salgamos -dice- en compañía de nuestros hermanos, parientes y amigos... a hacer frente a un enemigo de Dios y de su Iglesia, como también de nuestra nación, vidas y haciendas»¹⁸. Texto luminoso que objetiva debidamente los intereses de la Iglesia.

Por otra parte, si el reino en las cortes, como antes la Diputación, justificaban las desertiones, no estaban dispuestos a otras amenazas revolucionarias que pudieran poner en peligro el sistema que tan celosamente custodiaban. El oficio que dirige el Congreso al regente del Consejo expresa el temor a una machinada o motín: «en esta Capital y otros pueblos del Reyno -dice- se esparcen voces serdiciosas alusivas a apeteer la igualdad, y aún amenazas con Insultos, e, Incendios a las casas de distinción y caracter explicándose en este punto con la más desmentida libertad, y debiendo fundadamente recelarse que semejantes tumultuarias expresiones que comienzan por un reprehensible inconsiderado desago del vulgo se fomenten con el disimulo y terminen en convocación popular...». El regente contesta al Congreso que «había en la Sala tres causas pendientes sobre pasquines fijados en las ciudades de Tafalla, Sangüesa y Marcilla sobre las expresiones a que hace referencia al Congreso»¹⁹. Por otra parte, Colomera, en carta a Godoy, aludía «a muchos disgustos en la mayor parte de los Pueblos, y en Arguedas, alboroto en casi todos los vecinos, con insulto a la justicia, y a otras personas distinguidas del Pueblo...». Por «los procedimientos atropellados y nada equitativos de dicho Congreso para la saca de la gente... (a) la Frontera»²⁰.

El último mes de la guerra (julio 1795) fue el más crítico y confuso. Desde Madrid se pensaba ya en el final de la resistencia vascongada. Vitoria se rendía sin condiciones al tiempo que capitulaban todos los pueblos de Vizcaya y Álava, secundando las instrucciones del Gobierno de Madrid, mientras que Pamplona se hallaba prácticamente cercada desde Irurzun y la Ulzama²¹.

Aparentemente el Gobierno entregaba el País Vasco a Francia. ¿Se trataba de una iniciativa que justificara la paz?. En Navarra, como en todo el País Vasco, se temieron vastos planes en los que ellos resultarían implicados contra la voluntad. Esto explica el continuo forcejeo entre el Congreso navarro y el virrey Castellfranco durante el mes de julio de 1795. Un papel anónimo de la ratonera de las Cortes, presumiblemente de Cristóbal María Cortés, diputado de Tudela, leído en la sesión del Congreso del 24 de julio, explica la situación. Admite la existencia en Pamplona y en el Congreso de

17. AGN, GUERRA..., leg. 10, C. 53.

18. AGN, GUERRA..., leg. 10, C. 16.

19. AGN, GUERRA..., leg. 10, C. 44. Vid. Rodríguez Garraza, R. *Fueros...*, p. 308-309.

20. CASTILLO COLONIA, I. *KONBENIOKO GERLA NAFARROAN 1793-1795*, «I Congreso de Historia de Navarra de los Siglos XVIII-XIX y XX» (Príncipe de Viana, Anejo 5, 1986, p. 221).

21. MUTILOA POZA, J.M. *La Crisis...*, p. 127-130.

colaboradores de Francia, cuyas intenciones se han visto en la proclama de Vitoria del 27 de julio, suponiendo «que exigían de nosotros lo mismo que exigen a los alaveses, es decir, que si esperamos a ser conquistados, Francia nos impondrá sus condiciones. Ahora bien, tampoco Madrid tiene la menor intención de defender Pamplona, según se deduce por los oficios del virrey y de la Corte». No queda, pues, otra alternativa que el «Apellido» y su imposición al virrey. Será por pocos días, porque se está preparando la paz, pero de esta forma Navarra estará luchando para que no se la incluya por la fuerza en los ocultos planes que traman los Gobiernos de Francia y España, y que pueden afectar a la constitución de Navarra. ¿Temería la constitución de una república vasca bajo la protección de Francia?. Por eso, si el virrey se resiste al «Apellido», Navarra acudirá a Francia, pero sobre la base de 'que apetece la neutralidad como libres, no como dominados; (y que) será exacta y con la mas inviolable fidelidad». Ahora bien, antes de llegar a este extremo, «sería conveniente consultar a todas las capitales» (vascas), manifestándoles que el enemigo «a título de una falsa paz y de una moderación en el principio, se apodera de una en una de todas las poblacione...»²². El reino asumió este análisis y convocó el Apellido que el virrey Castellfranco hubo de aceptar. La instrucción que se entrega a los comisionados explica los móviles para la resistencia: en primer lugar, la ocupación de las provincias vascas y de la Navarra septentrional. Lo mismo sucederá con el resto de Navarra, «si... no vuelan todos los naturales de la defensa de la Religión, del Rey, de la Patria»²³. He aquí, con 40 años de antelación, el lema carlista decimonónico. Éste será también por entonces el lema de la Guipúzcoa resistente del interior, que «desean tomar las armas en defensa de su religión, de su Rey y de su Patria»²⁴. Pero junto a estos principios sacrosantos, la conservación de la propiedad y del orden establecido como estímulo fundamental: «¿qué monstruosa sería la alteración que palparíamos en el estado de las propiedades y personas...?»²⁵. Los gobernadores de las diócesis de Pamplona y Tudela exhortan con los mismos móviles para que los clérigos salgan en Apellido aun tomando ellos mismos las armas²⁶. Sin embargo, puestos los comisionados en acción para levantar a la gente, encuentran dificultades y resistencia en bastantes poblaciones como Peralta, Falces y Olite, donde los voluntarios de los batallones y desertores campean por sus respetos, por lo que los vecinos temen sus tropelías durante su ausencia²⁷.

La correspondencia entre Godoy y Francisco de Zamora, su comisario regio en Navarra (abril-octubre 1795) que he estudiado con anterioridad²⁸, nos ofrece noticias interesantes sobre la guerra con Francia y sobre el estado de la opinión en el país vasconavarro. Desde el 9 de abril, Godoy venía insistiendo en que Castellfranco acelerase la paz con Moncey, y el 6 de julio, tras la gran ofensiva del ejército francés, Castellfranco reconocía paladinamente la existencia de un plan preconcebido para el abandono de Lecumberri y Ulzama²⁹.

Ahora bien, si Godoy opinaba que la guerra fracasó por culpa de la oficialidad y el ejército³⁰, Zamora culpaba al país vasconavarro más que a la oficialidad. Zamora, como espía de Godoy, había detectado la inteligencia y arraigo de los republicanos franceses en este territorio como consecuencia de la difusión de la Enciclopedia y del espíritu liberal y republicano entre los nobles, dirigentes y funcionarios³¹. Con todo,

22. AGN, *GUERRA...*, leg. 13, C. 2. Vid. Rodríguez Garraza, R. *Fueros...*, p. 309.

23. AGN, *GUERRA...*, leg. 13, C. 6.

24. MUTILOA, J.M. *La crisis...*, p. 100.

25. AGN, *GUERRA...*, leg. 13, C. 6.

26. AGN, *GUERRA...*, leg. 13, CC. 10 y 11.

27. AGN, *GUERRA...*, leg. 13, CC. 21, 25 y 26.

28. RODRÍGUEZ GARRAZA, R. *Tensiones...*, pp. 205-227.

29. IBID; pp. 209-210 y 214-215.

30. IBID; PP. 215-216.

31. MUTILOA POZA, J.M. *La crisis...*, p. 191.

la actuación de Navarra convocando el Apellido, aunque peculiar y divergente de la que propugnaban las autoridades gubernamentales, no cabe tacharla de desleal, sino de patriótica y sincera y, en todo caso, más heroica que la que propugnaba la política oficial. Las prevenciones del Gobierno contra Navarra tienen su origen, pues, en la actitud y manifestaciones de sectores de población más restringidos. Nos hemos referido ya a la resistencia del Ayuntamiento de Pamplona a colaborar en el alistamiento de gente en 1793. En 1795, su actuación contrasta también notablemente con la adoptada por la mayor parte de los pueblos navarros cuya indignación se manifiesta en el Congreso³². Respecto a la actitud de Pamplona, escribía Zamora a Godoy (18-9-1795) recomendando a Barrera: «En esta ciudad (Pamplona) no había a mi juicio otro afecto al Rey que él». Y en otra carta anterior (10 de agosto), refiriéndose a todo el país vasconavarro, dice: «Yo en mi conciencia comprendo que la generalidad de la nobleza y gentes ricas de aquel país han abrazado de corazón a los franceses. Lea V.E. en apoyo de esto las copias de las cartas adjuntas que son las primeras gentes de Bilbao y Vitoria y sus parientes y amigos»³³. Este testimonio se ve avalado por el general Moncey, quien a través de su confidente, comunicó a Zamora que «tenía grandes y seguras inteligencias en la Plaza de Pamplona», sobre todo entre «los eclesiásticos, los frailes, unos 20 nobles, los comerciantes y los curiales» de esta ciudad. El texto de Moncey se extiende en valoraciones similares para las otras provincias vascas. La veracidad sobre el origen de esta información no puede ponerse en duda, como se desprende de la contestación que se dio a Moncey, y de la que Zamora envía copia a Godoy³⁴. Cánovas del Castillo, preocupado por esta cuestión, maneja con perspicacia esta correspondencia de Godoy-Zamora, poniéndose del lado de este último cuando culpa al país vasco-navarro más que al ejército por el fracaso de la guerra³⁵. De cualquier forma, los contemporáneos se percatan de esta inclinación profrancesa, cuando subrayan, al margen de contingencias militares, el buen trato que los franceses dispensan a sus convecinos vasconavarros. Así, la marquesa de Lozoya, escribe desde Pamplona (1-8-1794) que los franceses «han entrado (en Baztán) con mucha máxima, no haciendo daño a nadie y diciendo a los vecinos se queden con ellos, lleven sus curas y sigan su religión...»³⁶. La misma Lozoya supone cierta connivencia entre franceses y vasconavarros cuando afirma que el refuerzo del ejército español en 7 mil hombres (18-8-1794) «infunde terror así a los franceses como a los provincianos, quienes ya están muy arrepentidos, pues temen nuestro enojo»³⁷. Recientemente, F. Idoate constata la buena vecindad y entendimiento entre los vasconavarros y los franceses fronterizos³⁸.

Como conclusión, cabe señalar actitudes muy complejas en Navarra durante la guerra de la Convención. Por una parte, sectores afrancesados más afianzados en Pamplona y en la montaña Navarra; y por otra, en la Navarra meridional, una actitud proespañola, partidaria de la integración de Navarra en el mercado nacional. Y junto a éstas, la opinión autonomista vasca, tendente a una confederación de las cuatro Provincias bajo la protección o simple tolerancia de Madrid o de París. El precacarlismo (religión, patria, rey) y el prenatalismo, convergentes en buena medida, emergen ahora como fuerzas nuevas que marcarán decisivamente el futuro del país vasconavarro.

32. RODRÍGUEZ GARRAZA, R. *Tensiones...*, pp. 207-208

33. IBID; p. 221.

34. IBID; pp. 221-222.

35. MUTILOA POZA, J.M. *La crisis...*, pp. 187-193.

36. LOZOYA MARQUES DE, *La Campaña de Navarra (1793-95) en «Las Cartas de Doña Juana María de Escobar... marquesa de Lozoya»* (Valencia 1925).

37. IBID; p. 41.

38. IDOATE, F. *Navarra, Guerra...*, p. 29.